

Las guerras de Guerra

Si no se ha entendido mal el sorprendente enfrentamiento de socialistas y centristas por el lugar en que celebrar la «cumbre» autonómica del miércoles, Alfonso Guerra ha sido presa otra vez de sus inevitables e imprevistas reacciones.

Anteayer, el número dos del PSOE colgó el teléfono a un ministro, luego a un vicepresidente —al que acusó, al parecer, de protagonizar «chorizadas», como suena—, y acabó proponiendo su despacho, prácticamente exigiéndolo, según algunos, como lugar de reunión.

El espectáculo no ha podido ser más lamentable, más desalentador, después de que el presidente del Gobierno y el líder de la oposición acordaran, días atrás, sentarse serenamente a dialogar sobre un tema espinoso y crucial como es la política autonómica.

Da la impresión de que los deseos de Felipe González no llegan a veces a la realidad por el talante crespo y punzante de su segundo, que es capaz de echar abajo una necesaria reunión por un histriónico empeño en mantener su criterio.

Alfonso Guerra, que tiene un agudo sentido del humor, pero unas formas de gruesa lija, debería pensar de cuando en cuando que el país necesita estar menos pendiente de él y más ilusionado con guerras serias. Las guerras de Guerra empiezan a hartar y no sólo al llamado país en general. Alguién muy próximo a él podría sentir ya los síntomas de un legítimo cansancio.